

## **“El mundo iberoamericano en época de cambios”**

Universidad Estatal de San Petersburgo

San Petersburgo, Rusia – 2 de octubre de 2015, 10:00

**Conferencia Magistral de Rebeca Grynspar**

**Secretaría General Iberoamericana**

Es una extraña suerte la que me permite estar hoy aquí, conversando sobre Iberoamérica en esta universidad histórica. Habiendo transcurrido gran parte de mi vida de alguna forma involucrada con la academia, tener la oportunidad de brindar una conferencia en la Universidad Estatal de San Petersburgo es, sin duda, un privilegio que agradezco y atesoro.

He venido a aprender de ustedes y a contarles un poco de Iberoamérica, y en particular de América Latina, que es una región que ha cambiado muchísimo en los últimos años. Como sabrán, América Latina viene saliendo de una buena época, quizás su mejor época desde el inicio de la década de los ochenta. Entre los años 2003 y 2013, los países de la región lograron mantener la estabilidad macroeconómica que tanto les costó en el pasado, al tiempo que sostuvieron tasas de crecimiento promedio de alrededor de un 4% anual, alentados en parte por los altos precios internacionales de las materias primas y de los alimentos, pero también gracias a políticas públicas impulsadas por parte de gobiernos tanto de izquierda como de derecha. La región registró, además, una rápida recuperación después de la crisis financiera global de 2009, demostrando que sus economías se han vuelto más resilientes y más diversificadas.

Todo esto es todavía más notorio si consideramos que los gobiernos también elevaron el volumen de su gasto social, pasando de 15% a casi 20% del PIB; haciendo ese gasto más progresivo y ampliando su base beneficiaria a través de la inversión en educación y en salud, así como en programas de transferencias monetarias que hoy alcanzan a alrededor de 130 millones de latinoamericanos, esto es, 24% de la población.

La combinación de estas fuerzas –un crecimiento económico sostenido, traducido en ingresos salariales, y la acción estatal a través de programas sociales cada vez más sofisticados– contribuyó a mejorar significativamente ciertos indicadores sociales. La desigualdad de ingresos se redujo en la gran mayoría de países latinoamericanos, a una tasa promedio anual del 0.9% a nivel regional. Al mismo tiempo, los ingresos del 40% más pobre crecieron más que en ninguna otra parte del mundo. Esto cambió el mapa social

de la región: 60 millones de latinoamericanos salieron de la pobreza y expandieron la clase media, que hoy constituye la clase más populosa. Ninguna otra región del mundo logró bajar simultáneamente la pobreza y la desigualdad en lo que va del siglo.

Estos logros, que son encomiables, son sin embargo frágiles y reversibles. Como ustedes saben, América Latina ha entrado en una etapa de menor crecimiento económico. El PIB regional ha decrecido de 2,8% en 2013 a 1,2% en 2014. El Fondo Monetario Internacional proyecta un crecimiento menor al 1% para este año, incluso por debajo de la zona euro, algo que no ocurría desde hacía muchos años. Algunas economías grandes, como Venezuela y Brasil, no solo no crecerán como en el pasado, sino que decrecerán.

En estas circunstancias, un inmenso porcentaje de quienes ingresaron a la clase media durante los últimos años se encuentra en situación de vulnerabilidad. Ya hemos empezado a vislumbrar una regresión en las cifras de pobreza. La reducción de la desigualdad puede estancarse o incluso perderse. Como en cualquier otra parte del mundo, los gobiernos latinoamericanos tendrán menos espacio fiscal que el que tenían hace una década, con el agravante de que encaran mayores presiones por parte de la población que no querrá perder las condiciones adquiridas. Es decir, que tendrán que hacer más con menos.

Por lo anterior, los gobiernos latinoamericanos tendrán que demostrar mucha lucidez en los próximos años. Deberán priorizar y enfocar esfuerzos. Deberán ser incluso más responsables con las finanzas públicas e incluso más asertivos con las políticas sociales. Deberán concentrarse en preservar –y ojalá profundizar– los logros sociales alcanzados durante la última década. Deberán, en fin, evitar la ironía que los ha acompañado a lo largo de su historia: la de perder, en las épocas de escasez, todo aquello que alcanzaron en las épocas de bonanza.

Sé que el panorama es poco alentador. Sin embargo, creo que hay un elemento que no podemos olvidar: la región ha cambiado mucho desde la crisis de la deuda en los años ochenta. Hoy quiero resaltar este mensaje, quiero repetirlo y subrayarlo: América Latina no es la misma de antes. Con todos sus defectos y problemas, es una región mucho más madura en términos institucionales, mucho más saludable en términos económicos y mucho más empoderada en términos sociales. Es una región razonablemente democrática y políticamente estable. Es una región que ha profesionalizado sus burocracias y ha hecho avances en la consolidación del Estado de Derecho. Es una región más inclusiva, donde grupos tradicionalmente excluidos han ganado un asiento en la

mesa. Es una región que respeta los derechos humanos y donde predomina la paz, a pesar del desafío innegable de la inseguridad ciudadana.

Así es que, aunque hay razón para la preocupación, no hay razón para el pánico. No hay una crisis macroeconómica generalizada, como ocurrió en el pasado. No existe la debilidad institucional que caracterizaba a las jóvenes democracias de mediados de los ochenta. Las economías son más diversas y la fuerza laboral es más preparada. Los gobiernos son más responsivos y las sociedades más abiertas. Por todo esto, creo que hay que cambiar el tono con el que abordamos a América Latina, desechar un poco la retórica fatalista que es común a la hora de referirse a la región. Se debe hablar de retos, no de crisis; de problemas, no de desastres. En parte porque es más acertado, y en parte también porque es más útil.

Mencionaré algunas de las áreas que, en mi opinión, revisten mayor importancia para evitar que se reviertan los logros alcanzados. La primera es la necesidad de elevar la calidad de los servicios públicos, en particular la calidad de la educación. La segunda es la profundización de la diversificación productiva y la apuesta por una revolución en la productividad, por la transición hacia economías basadas en el conocimiento y en la ciencia y la tecnología. La tercera es la tarea de mejorar la capacidad institucional de los aparatos estatales.

En cuanto a los servicios públicos, es importante señalar que persisten serias inequidades en la cobertura y la calidad de los servicios que reciben los latinoamericanos, dependiendo de su ubicación y de su extracción social. Para algunos habitantes, su principal reclamo es la lentitud del Internet, mientras para otros es la falta de acceso al agua potable. El Estado de Bienestar en la región es fragmentado y la experiencia cotidiana del ciudadano, la relación de cada quien con lo público, varía enormemente. Algunos pueden hacerse una resonancia magnética de última generación en un hospital del Estado, mientras otros carecen de vacunas. Algunos toman el metro para llegar a sus trabajos, mientras otros no tienen caminos pavimentados. Estandarizar la calidad de los servicios, eliminar las disparidades sistémicas y elevar el nivel para todos, es una importante tarea de cara al futuro.

En ningún área es esto tan importante como en la mejora del sistema educativo. Es necesario elevar el monto que se dedica a la educación pública en la región, pero es igual de necesario elevar la calidad de esa educación. Varios países de América Latina gastan más en educación pública que el promedio de los países que integran la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), pero sus resultados académicos son

muy inferiores. Uno de cada dos estudiantes en la región no termina nunca el colegio y en los quintiles más pobres la deserción es aún más elevada. Una quinta parte de quienes tienen entre 15 y 25 años en América Latina no estudia ni trabaja. Se debe, entonces, mejorar la cobertura, pero también se debe garantizar que quien tenga acceso reciba una educación acorde con las demandas del mercado. La brecha de habilidades que exhibe la región es una trampa contra su productividad y una amenaza directa a su estabilidad social: si algo reflejan las protestas que hemos visto en países tan disímiles como Brasil o Chile es que una juventud cuya preparación académica no se traduce en oportunidades de movilidad social, es una juventud legítimamente disconforme e insatisfecha.

Y para permitir esa movilidad, para darle a esos jóvenes empleos de calidad y bien remunerados, es necesario que los países de la región realicen un salto en su productividad. Los altos precios de las materias primas y de los alimentos nos ayudaron durante los últimos diez años, pero no podemos confiar en que nos ayudarán en los próximos diez. Para competir en un mercado global integrado, para no quedarse rezagada frente a otras latitudes, América Latina necesita apostar por la competitividad.

Esto va más allá de modernizar la infraestructura o simplificar trámites, aunque estas sean tareas necesarias. Se trata de construir un ecosistema que permita la transformación de la unidad productiva y de la matriz productiva de nuestros países; una transformación que nos lleve a esquemas de mayor valor agregado, fundados en la innovación, en la transmisión de conocimiento, en la ciencia y la tecnología. Necesitamos una región que sea mucho más capaz de detectar y aprovechar el talento; una región que no solo permita el funcionamiento saludable del sector privado sino que propicie el pensamiento disruptivo que lleva a los grandes adelantos.

Durante las últimas décadas, los gobiernos latinoamericanos hicieron la tarea macro. Es hora de que, manteniendo esos logros, aborden la tarea micro, la tarea al nivel de las empresas, en particular de las pequeñas y medianas empresas como centros de imaginación y creatividad. Debemos aumentar los encadenamientos productivos y la transmisión de conocimiento. Debemos sofisticar nuestros procesos: no solo para quienes trabajan en robótica o en aeronáutica, sino también para quienes siembran plátanos o fabrican artesanías, y asegurar su integración con el resto del ciclo productivo. Debemos ampliar los esquemas de apoyo al emprendedurismo, en particular su acceso al financiamiento. Debemos mejorar sustancialmente el diálogo entre el sector público, el sector privado, la academia y la sociedad, porque no podemos darnos el lujo de trabajar de manera aislada. La desconexión nos cuesta crecimiento económico, nos cuesta

trabajos, nos cuesta –en última instancia– las ilusiones frustradas de quienes no pueden realizar su proyecto de vida.

Finalmente, nada de esto será posible sin elevar sustancialmente la capacidad institucional de nuestros aparatos estatales. La continua modernización de nuestras burocracias es indispensable para consolidar los logros que obtengamos en materia social y económica. Esto, además, es necesario para recuperar la confianza de la ciudadanía en las instituciones públicas, un área en que América Latina, al igual que otras regiones en el mundo, ha experimentado un deterioro marcado en los últimos años.

Los gobiernos del siglo XXI deben someterse al escrutinio ciudadano. Deben construir una gestión pública más transparente y responsiva, sujeta a controles independientes, que castigue la corrupción pero también premie los buenos resultados. Creo que, en general, enfrentamos el desafío de establecer relaciones menos antagónicas entre los gobernantes y los gobernados; de generar confianza entre todos los actores de la sociedad, porque no somos adversarios sino compañeros de viaje.

Ese desafío es particularmente importante en relación con la población joven. Otras veces he dicho que la juventud es el principal activo del que dispone la comunidad iberoamericana. Tenemos la mayor cohorte de jóvenes que alguna vez hayamos tenido, y también la más educada. El 70% de los estudiantes universitarios de América Latina son la primera generación en su familia que asiste a la universidad. Esto presenta, al mismo tiempo, un gran reto y una gran oportunidad.

Presenta un reto en la medida en que ejerce presiones sobre aparatos estatales que, como hemos dicho, tienen capacidades limitadas para proveer los servicios públicos de calidad que esa nueva generación exige, y a los que, al mismo tiempo, les cuesta desarrollar la apertura y receptividad que las nuevas generaciones esperan de sus gobiernos. Durante siglos, la relación del Estado con los ciudadanos se ha caracterizado por la verticalidad, por los mandatos que emiten unos –arriba– y el efecto que eso tiene en muchos –abajo–. Es claro que nos encontramos en una era de profunda transformación de ese esquema. Cada vez más, los ciudadanos demandan la horizontalidad en su relación con las instituciones públicas. Demandan información fluida y transparente. Demandan participación real y efectiva. Demandan una voz y un voto no solo al momento de las elecciones, sino en el funcionamiento habitual de la función estatal.

Los gobiernos en Iberoamérica, y en todo el mundo, se encuentran apenas ajustándose a este nuevo orden de expectativas ciudadanas. Es claro que no podemos crear sistemas en que los individuos sustituyan por completo a los aparatos estatales, donde todo sea resuelto por mecanismos de participación ciudadana. Primero, porque eso presupone la existencia de consensos en la sociedad que raramente existen, y segundo, porque los gobiernos también son electos para tomar decisiones y ejecutarlas; para asumir la enorme tarea de administrar las cuestiones públicas. Encontrar ese balance entre consulta y decisión, entre participación ciudadana y acción gubernamental, es uno de los grandes desafíos de nuestra era.

Yo estoy convencida de que se trata, también, de una de las grandes oportunidades. Aunque ponga presiones sobre el aparato estatal, la existencia de esa clase media joven, empoderada, vocal, activa, participativa, abre la posibilidad de un giro radical en nuestras sociedades. Un giro que nos lleve a mayores niveles de productividad, pero también de solidaridad; a mejores índices económicos, pero también de desarrollo humano. Si Iberoamérica está formando ciudadanos más exigentes, ¡enhorabuena! Esos son los que se necesitan. Ciudadanos conscientes y comprometidos; ciudadanos que asuman la gran responsabilidad de ser miembros políticos plenos, individuos conscientes de su rol en el engranaje colectivo.

Queridas amigas, queridos amigos:

Adivino el peso histórico que encierra esta Universidad, los muchos eventos de los que ha sido testigo, cronista y hasta protagonista. En un lugar como este, hay que tener mucho cuidado al hacer afirmaciones categóricas sobre el presente, como si la historia no fuera un molino que gira y gira sin parar. Otras generaciones han dicho que el mundo está cambiando. Otras generaciones han vivido épocas de globalización. Otras generaciones se han preocupado por la frustración de los jóvenes. Otras generaciones se han indignado por las desigualdades económicas y sociales. Entonces ¿qué hay de nuevo bajo el sol?

Yo diría que la diferencia es la escala, la velocidad y la interconectividad de estos fenómenos. Que un joven en Buenos Aires pueda ver en vivo una protesta en la Plaza Tahrir y donar para un movimiento estudiantil; que un habitante de Filipinas se pronuncie en Twitter sobre la renuncia del Presidente de Guatemala; que una ingeniera en Moscú pueda trabajar remotamente para una empresa de software en Shanghai, cuya aplicación móvil ayudará a los agricultores en Etiopía; todas estas son cuestiones que no eran posibles hace treinta años y que han transformado para siempre la red de causas y consecuencias de nuestra vida personal.

Los gobiernos están intentando manejar esta transformación, pero crecientemente aquello que nos interesa y nos atañe excede el control de cualquier gobierno y de cualquier país. ¿Cómo haremos para coordinar las acciones a nivel internacional y a nivel doméstico? ¿Cómo haremos para tomar las grandes decisiones sobre cómo producir la riqueza, cómo distribuirla y cómo reinvertirla? Estas son las decisiones de nuestra era. Hay que asumirlas con consciencia y con gravedad, pero también con optimismo. A pesar de los problemas que nos aquejan, tenemos el poder de la creatividad y del ingenio humano.

Muchas gracias.